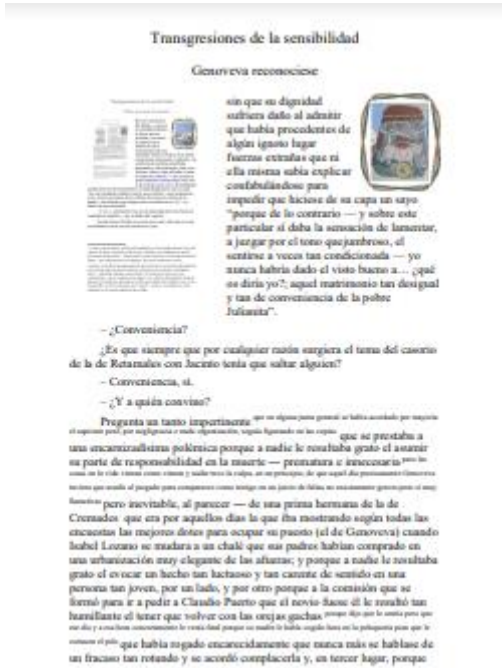
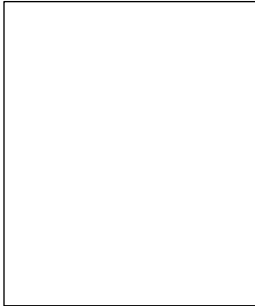


Transgresiones de la sensibilidad

No había quedado más alternativa



que, fuera como fuese y por las razones que fuere y aunque no había motivos suficientes en opinión de las cabezas que pensantes no hacían



otra cosa de mayor provecho que darle vueltas al asunto, aprestarse a lo primero de todo hacer unas cuantas maletas y, lo segundo si no se presentaba algún imprevisto más urgente que obligase a desplazarlo y quedar lo tercero, marcharse por ejemplo a Grecia que, a lo mejor — se entendía y por ser un país tan mediterráneo como el nuestro —,

allí había más suerte y podíamos, aparte de salir del atolladero y encontrar un helecho parecido para que la de Durán no se desorientara o perdiese ya veríamos despacio y cuando estuviésemos instalados si mejor o más práctico el norte o el hilo, viajar ligeros de equipaje y sin tener que sacar billetes ni acudir a ningún aeropuerto en el que para qué ni pensar porque lo más seguro era que hubiese que esperar a que Genoveva, ocupadísima por entonces con la olla exprés — que la tenía casi terminada, sí, pero la traía a mal traer y sin dormir no haber dado con la forma de cómo meterle el vapor — y las aspas de la batidora *una cosa tan chica* (dijo Basilia), *que te cabe en la palma de la mano*, se le pasara por las mientes la hélice *tan grandísima como debe de ser* de ningún avión ni, menos aún, dónde colocarlo y echarlo a volar.